

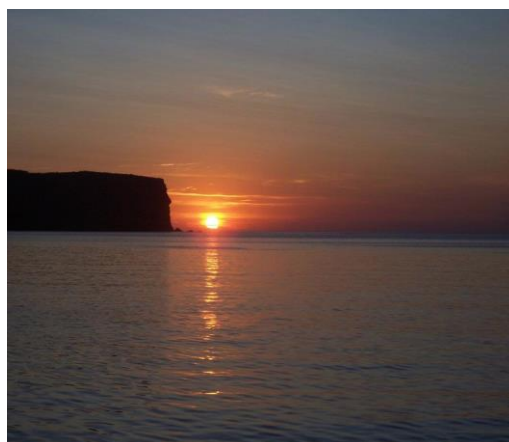


## RINCÓN DE ESPIRITUALIDAD

1ª Parte de la Eucaristía

Liturgia del perdón

Debemos lamentar nuestras pérdidas. Y el dolor que sufrimos por ellas nos hará abrir los ojos interiores a un mundo en el que se sufren pérdidas que exceden con mucho nuestro reducido mundo de la familia, de los amigos. El dolor nuestro nos conecta con el llanto y gemido de una humanidad que sufre. Y nuestro lamento se hace mayor que nosotros mismos.



¿Qué hacemos con nuestras pérdidas?  
 ¿Tratamos de ignorarlas?  
 ¿Seguimos viviendo como si no fueran reales?

### ¡Señor, ten piedad!

El gran misterio que celebramos en la Eucaristía consiste precisamente en que a través del dolor de nuestras pérdidas llegamos a experimentar la vida como un don. *“Habrá en el cielo más alegría por un pecador que se arrepienta, que por noventa y nueve justos que no necesitaran hacerlo”*

La belleza y el valor inmenso de la vida están íntimamente relacionados.

Comenzamos cada una de nuestras Eucaristías suplicando la misericordia de Dios: ¡Señor, ten piedad! Es el grito del pueblo de Dios, el clamor de todos los contritos de corazón. Pero sólo es posible articular este grito cuando estamos dispuestos a confesar que nosotros tenemos algo que ver con nuestras pérdidas. Es decir cuando reconocemos el papel que desempeñamos en la imperfección humana. La petición de la misericordia de Dios brota de un corazón que sabe que esa imperfección humana no es sino el fruto amargo de la decisión de decir “no” al amor.

Celebrar la Eucaristía exige de nosotros vivir en este mundo aceptando nuestra corresponsabilidad con el mal que nos rodea y nos invade. Es conocer el papel que desempeñamos en la imperfección humana.

No podemos impedir las pérdidas, somos pecadores, pero sí podemos verter lágrimas y afligirnos por ellas.

*Lamentar nuestras pérdidas es el primer paso para pasar del resentimiento a la acción de gracias*

